

Otras perspectivas en el estudio de la cerámica prehistórica. La aportación de las sociedades vivas

Isabel Rubio de Miguel¹



Recibido: 31/05/2019

Aceptado: 25/09/2019

Resumen

La cerámica ha constituido uno de los principales fósiles-guía en prehistoria y arqueología. Habitualmente, su estudio se ha planteado desde una perspectiva evolucionista, considerándola una de las innovaciones que surgen en el devenir de la prehistoria. Sin embargo, su aparición en contextos en los que teóricamente «no debería» hallarse, si nos atenemos a las secuencias tradicionales, ha llevado al rechazo de éstos como casos «anómalos». Se expone aquí la necesidad de revisar dichas situaciones desde un enfoque no evolucionista, ya que, debido principalmente a la etnoarqueología, se han abierto numerosas posibilidades que, entre otras cosas, permiten su reinterpretación.

Palabras clave: evolucionismo; etnoarqueología; acercamientos; contextos «anómalos»; revisión; reinterpretación; identificación; debate

Abstract. *Other perspectives in the study of prehistoric pottery. The contribution of living societies*

Pottery has always been one of the most important cultural markers in Prehistory and Archaeology. Usually, its study has been made from an evolutionary perspective, considering ware one of the innovations which appears along the Prehistory. But its emergence in contexts in which pottery *was not expected to be*, according to traditional sequences, led to refuse these cases as *anomalous*. Here the need to revise these situations from a non-evolutionary approach is exposed, because, thanks to Ethnoarchaeology mainly, many possibilities arose, which among other things, allow their reinterpretation.

Keywords: evolutionism; Ethnoarchaeology; approaches; *anomalous* contexts; re-examination; reinterpretation; identification; debate

RUBIO DE MIGUEL, Isabel. «Otras perspectivas en el estudio de la cerámica prehistórica. La aportación de las sociedades vivas». *Treballs d'Arqueologia*, 2019, núm. 23, p. 261-281. DOI: 10.5565/rev/tda.104

1. Universidad Autónoma de Madrid. Departamento de Prehistoria y Arqueología (Profesora titular jubilada). isabelrdmiguel@gmail.com

La cerámica puede ser estudiada desde numerosos enfoques. Nada más adecuado para demostrarlo que este mismo volumen. Desde los estudios tipológicos iniciales, la forma de abordar su investigación presenta ahora múltiples facetas. Personalmente, he preferido centrarme en cuestiones como el carácter simbólico de las vasijas cerámicas (Rubio, 2010-2011), pero también más recientemente me he interesado por un aspecto al que se empieza a prestar atención y sobre el que resta un largo camino por recorrer: la cerámica en contextos de cazadores-recolectores (Rubio, 2016). La etnoarqueología ha sido la «culpable» de que tengamos otro modo más de acercarnos a la investigación cerámica (Rubio, en preparación).

En el tema concreto que vamos a tratar, conviene dejar a un lado la visión estrictamente evolucionista de la cerámica, porque, al igual que sucede con otros elementos del equipo material, se van observando ciertos desfases que desequilibran un tanto esa bien trazada secuencia que arranca del Sistema de las Tres Edades en último extremo. La idea de que en el devenir de la prehistoria se van produciendo innovaciones que se suceden ordenadamente debe, como digo, ponerse en cuestión en el planteamiento sugerido en estas páginas. No por ello debemos olvidar la larga etapa anterior a la cerámica en la que el hombre ha experimentado con el barro y la arcilla en la construcción o para ciertas manifestaciones artísticas (estatuillas) y también para la fabricación de vasijas sin cocer con fines que desconocemos, pero que cuesta pensar que fueran utilitarios debido a su fragilidad. Sin embargo, estas últimas pueden encontrarse también en el equipo material de gentes que conocen todo el proceso de fabricación cerámica, como demuestran las socieda-

des vivas. En esos contextos son usadas en funciones concretas para las que se consideran idóneas. Por lo tanto, el hallazgo de éstas no implica forzosamente que procedan de un grupo que está dando los primeros pasos en la fabricación alfarera. Por otro lado, habría que recordar que en esa larga etapa acerámica de sociedades anteriores al Neolítico (siguiendo en esta ocasión la línea evolutiva tradicional) las necesidades que cubre una vasija cerámica (no todas, como veremos) debían estar cubiertas por otros recipientes (cestos, odres, vasos hechos con cortezas de árbol y un largo etcétera, como nos muestran de nuevo algunas sociedades actuales).

Asimismo, conviene recordar brevemente en este punto que los procedimientos de estudio en uso son muy variados, incluso sofisticados. Entre ellos, es preciso mencionar también la elaboración a partir de un momento dado de diversos modelos arqueológicos, relativos a la vertiente social de la cerámica, de particular interés y sobradamente conocidos, basados en datos provenientes de la antropología. Las aportaciones de la etnoarqueología son fundamentalmente las relacionadas con el conocimiento de aspectos que únicamente pueden documentarse en sociedades vivas, por lo que los estudios de este tipo se han llevado a cabo en zonas aún con procedimientos artesanales (Rubio, en preparación). De esa manera los datos procedentes de la etnografía pueden ayudar a resolver determinados interrogantes, generando interpretaciones posibles, especialmente aunque no solo, relacionadas con el mundo de los significados y el simbolismo, o ayudarnos a soslayar hipótesis y afirmaciones que se revelan como erróneas (los grupos con importante movilidad no emplean cerámica a causa de su fragilidad, por ejemplo). En todo caso,

dichos aspectos son de lo más diverso y dependen también en buena medida de aquellos que han sido investigados, restando por profundizar en muchos de ellos y por abordar desde el origen otros más (Rubio, en preparación).

Pero centremos el objetivo de estas páginas y expongamos algunas premisas de punto de partida. Sería posible, si se quiere, definir en primer lugar la filosofía de los dos principales enfoques (que no procedimientos) que cabría distinguir, a mi juicio, en los trabajos sobre la cerámica, realizados y por realizar, a saber: la evolucionista o tradicional y la no evolucionista, que podría dar cabida a numerosos casos calificados de «anómalos». Seguramente, sería posible encontrar también ejemplos intermedios que harían esta división menos tajante.

En el primero de los enfoques señalados, la cerámica fue considerada como una de las «novedades» propias del Neolítico, junto con la economía de producción y el pulimento de la piedra, además de otros elementos variables según las culturas (adorno, industria ósea, etcétera). Al estar la secuencia prehistórica establecida con esos mismos criterios evolucionistas, las conclusiones saltaban a la vista: las culturas sin cerámica eran anteriores al Neolítico (las paleolíticas y mesolíticas, fundamentalmente), siendo sus gentes desconocedoras de este tipo de recipientes, salvo las más tardías que contactaban con los primeros neolíticos, asentados en

su vecindad. Si de todos modos la cerámica no aparecía entre los restos de su equipo material, se suponía que la ignorancia sobre la alfarería persistía. En otras palabras, no se concebía que dichas comunidades no tuvieran cerámica si conocían su existencia.

Se habla y se ha hablado desde hace unos años del «paquete» neolítico. Es decir, se consideraba que todas las «innovaciones» aparecían en conjunto. Hoy sabemos y desde hace bastantes años que esto no es así. Fundamentalmente, el descubrimiento de las culturas precerámicas en Grecia (hoy sometidas a revisión por hallazgos posteriores de yacimientos como Sesklo) (Papathanassopoulos, 1996: 32-33) y la zona próximo-oriental puso de manifiesto que la economía de producción precedió en estas áreas a la cerámica. Más recientemente, el devenir de la investigación en el Próximo Oriente,² añadió más complejidad al cuadro general: grupos precerámicos (o acerámicos)³ (8800-6900 cal BC) y cerámicos coexistieron durante el PPNB (ver en Aurenche y Kozłowski, 1999, y Kozłowski y Aurenche, 2005, un resumen general de las secuencias y materiales de la zona). De hecho, el denominado PPNC (etapa última del PPNB final, 7000-6200 cal BC) es el momento en el que este fenómeno se produce. Pero aún hay más. Cuando la cerámica aparece, se ha puesto ya en marcha una sociedad con una cierta complejidad, y la introducción de la primera en

2. Hago mención sobre todo a esta zona geográfica, considerada tradicionalmente foco de neolitización para Europa, por ser la más familiar para nosotros y también porque no es posible abarcar todos los casos que han podido ser documentados en otros lugares del mundo.
3. Precisamente, el empleo de estas denominaciones caería de lleno en esa visión evolucionista. La denominación de precerámica, atribuida a una cultura, presupone la aparición de tales recipientes en un momento posterior, lo cual no es forzoso, y únicamente podría aplicarse este calificativo cuando la arqueología lo hubiera demostrado. En cambio, hablar de culturas acerámicas únicamente significa que no tienen vasijas de ese tipo, pero ¿las conocen? Una vez más depende de los casos.

poco contribuye a la transformación de la segunda. Previa y paralelamente, se documenta un intercambio de elementos, como los vasos de piedra (¿regalos?, ¿objetos suntuarios?) y, en algunas áreas, la denominada «*vaisselle blanche*», que pudo tener el mismo carácter, ya que no el utilitario seguramente, dadas sus características. Es un hecho también que las técnicas alfareras evolucionaron rápidamente, así como la decoración (la pintada servirá igualmente como caracterizador de las culturas próximo-orientales, a partir de un cierto momento) (Aurenche y Kozłowski, 1999; Kozłowski y Aurenche, 2005).

Se evidencia en este caso el prototipo, por así decirlo, del planteamiento evolucionista: son sociedades en las que la cerámica aparece por vez primera en la historia, absolutamente hablando, observándose en algunos yacimientos lo que cabría calificar de experimentos para su manufactura, así como una rápida difusión (¿mediante el intercambio?). Pero según sabemos ahora, ello no excluye que ciertas áreas próximo-orientales sigan siendo acerámicas (Palestina y Siria meridional hasta el 6500 cal BC), mientras el resto ha incorporado ya estas vasijas a su equipo material (desde el 7000 cal BC). Se generará así una dualidad de grupos, desde el punto de vista de la posesión de recipientes cerámicos y quizá no tanto del de la economía (de producción, adquirida ya en el transcurso del PPN, como se sabe), si bien sus estrategias para el desarrollo de ésta puedan variar. No obstante, al tiempo pueden perdurar también grupos de cazadores-recolectores en sentido estricto. Desde el punto de vista evolucionista, por tanto, los primeros grupos encajan a la perfección en los esquemas existentes, complicándose el panorama en el PPNC. De algún modo, las comu-

nidades acerámicas levantinas del PPNC podrían formar parte de esas «anomalías» que nos ocupan. Es preciso tener en cuenta que estas circunstancias pudieron repetirse en otros contextos. Con posterioridad al Neolítico, se da por sentada la presencia de la cerámica y pasan a definir a los diversos grupos otras «innovaciones», como la metalurgia. Igualmente, en esos contextos, la secuencia bien establecida que parecía firme se tambalea ahora en cierto modo, al no coincidir siempre y con exactitud la etapa cronológica y cultural que constituía el marco tradicional con la «novedad» correspondiente.

No es menos importante para nuestra argumentación recordar que habitualmente las sociedades con economía productora se han considerado sedentarias, excepción hecha de los primeros agricultores, supuestamente agricultores de roza. En ese caso, su movilidad podría ser semejante a la de los cazadores-recolectores complejos, como se viene denominando a los mesolíticos. En un argumento un tanto circular, la cerámica se consideraba propia de este tipo de sociedades porque su fragilidad parecía estar en contradicción con grupos con importante movilidad y, por eso mismo, cuando aparecía en un yacimiento cabía concluir que se trataba de un asentamiento sedentario. Pero hay que tener en cuenta que no solo los grupos con caza y recolección poseen una movilidad variable: los pastores y nómadas en general la tienen y son tan productores como aquellos que practican la agricultura.

Resumiendo, si adoptamos una perspectiva diacrónica, sí parece existir un momento (amplio seguramente, en el que se experimenta con la técnica alfarera y «silencioso» arqueológicamente hablando) antes del cual no existe cerámica do-

cumentada (pero sí otros recipientes) y en cuyo contexto algunos grupos comienzan a fabricarla. Cabe suponer que haya sido un descubrimiento propio y que apareciera en varios focos a la vez como un caso de convergencia. De cualquier manera, a partir de esa etapa se puede dar ya otro paso en la investigación, planteando ahora la posibilidad de adquisición de la cerámica de algunos grupos por parte de otros, más o menos cercanos.

En este punto cabría plantearse qué ventajas tiene la cerámica sobre otros recipientes para que se experimente con su fabricación y que, una vez lograda, se adopte de forma generalizada (aún con matices), si contemplamos el devenir histórico general. Ya en 1976, M.^a R. Lucas había sugerido que una de las motivaciones para fabricar recipientes de arcilla era la posibilidad de cocer los cereales. Por lo que se refiere al Neolítico peninsular, con posterioridad y para los hallazgos de Cova Fosca (Castellón), sus excavadores (Olaria et al., 1988), consideraban la posibilidad de su uso para cocer carne. Como contrapartida, algunos estudios como el de M.^a D. Gallart (1980) venían a contradecir o a matizar esta posibilidad. La principal conclusión de dicho estudio sobre la tecnología de la cerámica impresa cardial y de otras posteriores de los yacimientos valencianos era que estas primeras producciones, de origen local, no eran aptas para cocinar y que hasta llegar a las fechadas entre finales del v milenio y principios del iv a. C., que no presentaban decoración alguna, no fue posible su exposición al fuego.

De cualquier manera, creo que los casos y las necesidades habrán sido y son distintos según los grupos y que podríamos resumir ciertas peculiaridades de los vasos cerámicos que los harían deseables

en mayor grado que otra clase de recipientes. Por un lado, estaría su función utilitaria en relación con la transformación del alimento y los cambios introducidos en los hábitos dietéticos. Pero también pudieron emplearse para servir y comer. Dentro de esta misma función utilitaria, se hallaría su uso como elementos de almacenamiento de grano y de agua o, quizá, de algún tipo de alimento (o para la elaboración de cerveza, como la vasija hallada en Can Sadurní, Barcelona) (Blasco et al., 2008). Por otro lado, cabría pensar en una función simbólica, como regalo o expresión de unas obligaciones sociales, lo que encajaría mejor con la profusa decoración y el pequeño tamaño de las primeras, en el caso de las impresas cardiales. Precisamente J. M. Vicent (1990: 245), al exponer su después denominado «modelo de capilaridad» sobre la neolitización peninsular, sobradamente conocido, y refiriéndose a la cerámica impresa cardial, la consideraba como la expresión de obligaciones o relaciones sociales y por tanto de carácter no funcional. Las comunidades de cazadores-recolectores del Epipaleolítico no parecían, a su juicio, demasiado diferentes de las del Neolítico antiguo. La llegada a occidente de las especies domésticas, como la cerámica por otra parte, pudo producirse a través de los contactos ordinarios entre grupos vecinos mesolíticos. Trabajos posteriores (Sanz, 2012: 1718) corroboraban este «modelo de capilaridad», así como el de «mosaico» que mencionaremos.

Abundan en el carácter social de estas producciones estudios como el de W. K. Barnett (1990), de carácter petrológico, para cerámicas impresas del valle del Aude (Languedoc), cuyas redes de distribución alcanzaron la Balma Margineda, en Andorra. El yacimiento andorrano, en

concreto, ofreció diez vasijas fabricadas localmente y una cardial de procedencia desconocida, posiblemente española,⁴ según el análisis de la arcilla. Dichas cerámicas parecían reflejar determinados movimientos que se ajustaban a ciertos patrones. Por un lado, se darían movimientos trashumantes propios de una economía de transición al Neolítico antiguo (Barnett, 1990: 864), caso de Jean Cros, situado en el límite entre zonas de valle y de montaña, con vasijas llevadas durante los movimientos estacionales de cazadores o pastores que utilizaron el yacimiento como un refugio temporal. Se trataría de recipientes sin decorar y destinados a usos primarios, distintos por tanto de los impresos del Neolítico antiguo. Solemos olvidar la existencia de vasijas como las mencionadas que acompañan o no a las decoradas, así como la proporción en que se hallan. Sin embargo, tenerlas en cuenta contribuiría a la solución de la problemática que aquí se plantea. Por otro, habría intercambios entre límites étnicos o sociales (valle del Aude y Andorra), fundamentalmente de cerámica cardial e impresa, transportados como ofrendas funerarias o regalos, atravesando regiones geográficas diversas. Asumiendo que la decoración representa un marcador social, el movimiento de la cerámica puede reflejar fronteras sociales: el intercambio a pequeña escala de vasijas decoradas de forma similar a la del grupo que la recibe indicaría el establecimiento de alianzas locales, mientras que el intercambio a larga distancia de recipientes altamente uniformes podría sugerir una red de prestigio entre grupos, solapando el intercambio de otros productos (Barnett, 1990: 864).

En todo caso, las motivaciones que llevaron al uso y la producción de la cerámica han sido numerosas, como demuestra el trabajo de M. E. Beck (2009) que analizaremos más adelante, estando estrechamente vinculadas a las necesidades del grupo e incluso al contexto ecológico.

El enfoque alternativo (o complementario) aquí propuesto implicaría la adopción de una perspectiva no evolucionista como ya he señalado, inexistente en los estudios iniciales y más frecuente, aunque no demasiado, en las últimas décadas, replanteando algunos de los casos, no ortodoxos por así decirlo, aunque otros permanezcan sin solución. En definitiva, desde dicho enfoque se aborda la investigación de aquellas cerámicas que se encuentran donde «oficialmente» no deberían estar, como por ejemplo en contextos de cazadores-recolectores (Rubio, 2016). No me extenderé más aquí sobre cuestiones teóricas relativas a este acercamiento, dado que constituye el objeto de estas páginas.

Pero revisemos algunos de aquellos hallazgos supuestamente «anómalos» que permitirían, de rechazo, interpretar otros ya conocidos. De hecho, la novedad no reside tanto en su aparición, constatada hace tiempo, sino más bien en la nueva óptica con la que pueden contemplarse y, como consecuencia, en las distintas interpretaciones que se proponen. Su estudio no se halla exento de dificultades, y determinados aspectos serán seguramente siempre difíciles de conocer, cuando no imposibles. Se plantearían aquí interpretaciones alternativas que podrían aplicarse a secuencias o hallazgos no admitidos por no adecuarse a las sucesiones conoci-

4. Recordemos que lo mismo se constataba en el estudio llevado a cabo por X. Clop (2005).

das (caso de Mendandia en Álava, por ejemplo) (Alday, 2005).

En las explicaciones habituales, la aparición de cerámica en yacimientos con economía de caza y recolección bastaba para convertirlos en neolíticos que, simplemente, ponían un mayor énfasis en actividades depredadoras (nadie, sin embargo, los calificaba abiertamente como campamentos de caza de grupos agrícolas, por ejemplo). Nótese que esta problemática se plantea en prehistoria sobre todo para la dualidad mesolíticos-neolíticos, en cuyo contexto únicamente parecían poderse dar estas situaciones. Pero las sociedades vivas muestran que esta coexistencia aún está presente en la actualidad. Por otro lado, cabe preguntarse: ¿hasta cuándo perduran los mesolíticos sin integrarse en un «mundo de agricultores»?; parafraseando a Beck (2009: 321). Solo muy poco a poco han ido introduciéndose otras visiones posibles de tales grupos: campamentos de caza de sociedades neolíticas, de cazadores-recolectores contemporáneos de grupos agricultores de los que pudieron adquirir la cerámica⁵ o grupos de cazadores-recolectores con cerámica de distinta procedencia, acaso fabricada en parte incluso por ellos, todo lo cual implicaba el reconocimiento de la coexistencia de sociedades depredadoras y de sociedades productoras, es decir de dos tipos de economía diferentes (no forzadamente sucesivos), también en áreas geográficas distintas de los focos de neolitización.

Así pues, los datos pueden ser nuevos, pero también antiguos conocidos hace ya tiempo, aunque no valorados suficientemente en el sentido en el que se

plantea aquí. Por lo tanto, no cabe esperar que sean sorprendentes en sí mismos, ya que han sido tratados y mencionados repetidas veces, pero pueden ser explicados desde otra óptica distinta a la consideración de meras «anomalías», atribuidas generalmente a problemas tafonómicos que han arrojado una visión errónea. Su esclarecimiento implica también por descontado las revisiones estratigráficas de los yacimientos en cuestión. Por otra parte, los ejemplos recabados en sociedades vivas mediante la etnografía y la etnoarqueología, aunque aumentan el número de posibilidades de interpretación, paralelamente vienen a añadir nuevos temas de debate.

Un aspecto clave a considerar, vinculado estrechamente a las estrategias de los cazadores-recolectores (aunque no solo) y ya mencionado, es su movilidad, que puede presentar distintos grados y que, normalmente, se ha considerado enemiga de la cerámica a causa de la fragilidad de esta última. La etnografía desmiente en buena parte esta afirmación, aun reconociendo la particularidad señalada, sobre todo si se tienen en cuenta los grupos nómadas, cuya movilidad es igualmente importante y variable. R. Cribb (1991), investigador especialista en estas poblaciones, ha defendido la importancia de las vasijas de gran tamaño para las mismas, aunque con un uso menos intensivo que entre los grupos sedentarios. Asimismo, ha señalado la posibilidad de que la cerámica fuera usada de manera más extensiva en momentos anteriores, ya que en la actualidad se prefieren recipientes de aluminio, por ejemplo, algo que encuentra su paralelo en grupos sedentarios en los

5. Cultura de Ertebölle por ejemplo, como veremos más adelante (Zvelebil, 1986; Larsson et al., 2014; entre otros).

que han decaído también las vasijas cerámicas, excepto como contenedores de agua fresca (Cribb, 1991: 70). Se trata de una interesante constatación que deberá ser también tenida en cuenta para explicar la escasez de cerámicas en ciertos depósitos arqueológicos. El uso de cerámica entre los nómadas del Próximo Oriente es ampliamente conocido y, en opinión de R. Cribb (1991: 71), en sus campamentos cabría esperar la presencia de dos tipos de vasos: de pequeño tamaño, como teteras, tazas, jarras o pipas de arcilla, que pueden considerarse también objetos valiosos, y de tamaño grande, destinados a cocinar, al almacenamiento o cuencos con otras funciones. Los de este segundo tipo tienen más posibilidades de incorporarse a la documentación arqueológica, sobre todo los usados en la cocina, ya que su vida útil es más bien corta. Dos ejemplos citados por R. Cribb (1991: 73) serían una muestra de lo antes expuesto. Los yacimientos de Anatolia occidental (campamentos Yörük, cuyos habitantes suelen vivir en sus tiendas durante todo el ciclo anual) contenían cerámica fina y vidrio, mientras que los de Anatolia oriental (campamentos de nómadas kurdos, con una mayor movilidad) mostraban una gran cantidad de fragmentos de cerámica tosca de gran tamaño (Cribb, 1991: 73). Por lo tanto, según lo expuesto, parece fuera de toda duda el uso de vasijas cerámicas por poblaciones con movilidad variable.

Por lo que se refiere a los cazadores-recolectores, habida cuenta también de la existencia de recipientes de otro tipo, cabe preguntarse de nuevo: ¿qué atractivo o qué utilidad pueden tener los vasos cerámicos para ellos?, ¿por qué los adquieren de otros grupos sedentarios o los fabrican ellos mismos en un momento dado? Ana-

licemos en ese sentido un interesante trabajo etnoarqueológico llevado a cabo en EE. UU. y sus implicaciones arqueológicas. Se trata de la investigación realizada por M. E. Beck (2009), sobre el intercambio de cerámicas en Papagueria occidental en el suroeste norteamericano (la parte más cálida y seca del desierto de Sonora), trabajo que está vinculado al tema de las relaciones entre sociedades en principio asimétricas: cazadores-recolectores y agricultores y, de forma importantísima, a la formación del depósito arqueológico. En su momento (Rubio, 2016), me he ocupado *in extenso* de este trabajo.

La autora partía de una situación teórica general (Beck, 2009: 320). Después de la aparición de la agricultura, el consiguiente incremento de densidades de población y de intensificación agrícola, algunos cazadores móviles, forrajeros y horticultores a tiempo parcial obtenían a menudo cerámica de los poblados vecinos, estando firmemente implicados en los patrones regionales de interacción e intercambio, algo que parece confirmarse en los casos de época prehistórica que veremos. Algunos de los factores implicados les estimulaban al uso de vasijas hechas por los vecinos sedentarios, siendo aquellos factores que podían desanimarles menos significativos de lo que se pensaba con anterioridad: sorprendentemente las cerámicas fabricadas por los grupos agricultores sedentarios eran tan adecuadas para las tareas y los patrones de asentamiento de los grupos móviles como las elaboradas por estos mismos (Beck, 2009: 320). Sugieren además una predisposición a favor de un uso ocasional al menos de la cerámica cuando los grupos móviles experimentan una amplia exposición a esta tecnología y cuando los vasos cerámicos se ven como las herramientas más

apropiadas para determinadas tareas o situaciones (Beck, 2009: 334). Algunos ejemplos de lo dicho serían los indios pueblo orientales y los nómadas de las Grandes Llanuras del sur en EE. UU., así como los forrajeros y pastores de África del sur (Sudáfrica, Botsuana, Namibia y Angola) (Beck, 2009: 335).

Continuando en el plano teórico, y esta es a mi modo de ver la novedad más destacada del trabajo, la autora propone utilizar la tecnofunción de las vasijas, junto con otros datos, para diagnosticar determinados aspectos y situaciones. La citada tecnofunción, más que identificar tipos cerámicos, podría ser útil para asignar los yacimientos donde aparecen a tradiciones culturales particulares, así como para entender patrones de uso del territorio (Beck, 2009: 320), lo que aportaría implicaciones arqueológicas. En otro orden de cosas, se ha trabajado sobre el intercambio de vasijas completas, aunque se ha constatado que los fragmentos han sido útiles como herramientas y han sido susceptibles de ser intercambiados igualmente (Beck, 2009: 321).⁶

Cabe resaltar que el estudio se centra fundamentalmente en las cerámicas fabricadas por los vecinos sedentarios de los grupos móviles de la zona aludida, quienes las adquieren a causa de las dificultades de diverso tipo que entraña para ellos su manufactura. Por otra parte, después de la aparición de la agricultura y el consecuente aumento de la población e intensificación agrícola ya mencionados, algunos de los grupos móviles ya no eran «hunters

living in a world of hunters» (Beck, 2009: 321), sino que vivían próximos a poblaciones sedentarias productoras de cerámica, un matiz importante a tener en cuenta en el ámbito de la prehistoria. En mi opinión, este escenario volvería a perfilar un modelo de «mosaico», como el señalado por Schuhmacher y Weniger (1995) para la península Ibérica, que veremos. De ese modo, las cerámicas se obtenían fácilmente, y la gente y la información, al igual que los objetos, se movían frecuentemente entre grupos interdependientes. Por ello no sorprende que estos grupos móviles integraran las cerámicas en sus patrones de subsistencia y de asentamiento, las manufacturaran ellos o no. Se reafirma aquí la incorporación de elementos foráneos en las formas de vida propias cuando estos resultan útiles.

En opinión de dicha investigadora, las cerámicas fabricadas por poblaciones vecinas no han recibido la misma atención que las elaboradas por los mismos grupos (lo cual es cierto), pero tienen idéntica importancia cuando se interpreta el resto arqueológico. Por mi parte y en cuanto a la dualidad existente, opino que el acercamiento ha sido siempre buscar la semejanza con la cerámica de los grupos agrícolas de los que supuestamente procedía como forma de probar el préstamo, pero cuando no la había constituía un cabo suelto que quedaba sin explicar. Por regla general, se ha observado que el uso y desecho de las cerámicas se produce en yacimientos alejados del poblado en el que se fabricaron.⁷ Así, cuando se usan

6. Por ello, el intercambio de fragmentos cerámicos con otra función debería ser igualmente tenido en cuenta a la hora de «leer» los depósitos arqueológicos. Por ejemplo, en algunas poblaciones actuales, las vasijas rotas se utilizan para poner el alimento a los animales, siendo esta una de sus posibles formas de reutilización.

7. Ver ejemplos y bibliografía en M. E. Beck (2009).

vasijas de las dos procedencias, el resultado es una mezcla de restos en la superficie de los yacimientos de corta ocupación y la aparición de cerámicas de poblado en el territorio de los forrajeros (una implicación arqueológica más). Tales conjuntos mezclados se encuentran en el oeste de EE. UU., incluyendo el suroeste de Arizona y el valle de Las Vegas. La autora opina que se podrán identificar e interpretar mejor los yacimientos de los grupos móviles centrándose en la función de las vasijas y no tanto en la tipología, por los motivos que iremos viendo. A ello hay que añadir que aquellos grupos que manufacturaban cerámica, que a su vez ha podido ser igualmente intercambiada, también poseían vasijas fruto de ese intercambio (Beck, 2009: 322-323), lo cual venía a complicar aún más la mezcla de la documentación material.

Algunos de los datos de carácter general obtenidos finalmente fueron los siguientes. Los grupos que adoptan la tecnología cerámica fabrican vasijas que encajan en sus necesidades funcionales y sociales y en sus planes de trabajo. Los grupos móviles por su parte usan la cerámica, propia o no, por las mismas razones que los agricultores sedentarios, es decir, que el uso por unos y otros no es cualitativamente diferente: fundamentalmente para mejorar el almacenamiento y para procesar el alimento más intensivamente a través de la cocina.

Por ello, cuando la cerámica es ampliamente aceptada y fabricada en una región, los grupos móviles pueden elegir entre fabricarla ellos o adquirirla, como se ha visto. Pero para resolver esta problemática hay que plantearse de qué modo encajan estas vasijas en su sociedad. En la

mayor parte de los casos puede coincidir con sus necesidades tecno-funcionales (Beck, 2009: 327), pero también puede tener para estos grupos otros usos distintos de los de los sedentarios. Muchos de los referidos grupos del oeste de EE. UU. o por ejemplo los seri de la costa de Sonora en México esconden provisiones alimenticias en vasijas cerámicas, a menudo en cuevas en las que frecuentemente encuentran cerámicas de periodos antiguos.⁸ Los seri utilizan igualmente la cerámica para almacenar y transportar agua, importantísima en un medio árido como el suyo. De hecho, paradójicamente es el único caso en etnografía en el que un grupo móvil usa cerámica para solventar un único problema relacionado precisamente con la movilidad (Beck, 2009: 327).

Señala M. E. Beck que, en general, las cerámicas muestran una serie de ventajas sobre otros recipientes y con ello volvemos a un aspecto que dejamos inconcluso: son estancas y resistentes a las plagas, dos cualidades especialmente importantes para el almacenamiento de semillas y otros elementos perecederos, pueden ser calentadas directamente al fuego, haciendo más fácil la cocción del contenido durante un periodo largo, pueden ser usadas para fermentar líquidos y para las técnicas de preparación del alimento que requieran un cocimiento largo o una maceración, como el procesamiento del álcali. Las de mayor tamaño son adecuadas para cocinar grandes cantidades de alimento con destino a acontecimientos especiales y permiten el uso de ingredientes de larga cocción, como en la preparación del tesguino Tarahumara (Beck, 2009: 327). Se pueden usar también otros recipientes para cocinar, sobre

8. También este hecho plantearía un problema de interpretación para el arqueólogo.

todo si se emplean técnicas de cocina en seco, aunque estas técnicas son adecuadas solamente para la carne y para algunos vegetales. Pero la cocina con caldo (guisos, sopas...) necesita de la cerámica, y para ella ejercería una de sus principales funciones (Beck, 2009: 328-329). Para este tipo de cocina las vasijas cerámicas se pueden utilizar incluso cuando no están expuestas directamente al fuego o cuando se utilizan piedras calientes. Una vez adoptada la cerámica puede ser empleada para preparar alimentos cultivados, cazados o recolectados, funciones todas ellas para las que es usada entre los grupos móviles.

Aunque se ha visto que la movilidad no excluye la cerámica, sí que influencia su manejo y almacenamiento, de forma que puede afectar a los patrones de adquisición de vasijas y, desde luego, a la deposición de estas en la documentación arqueológica. Posibles ajustes a la movilidad han podido incluir hacer las vasijas más fáciles de transportar o evitar su transporte (Beck, 2009: 330). Algunos grupos móviles tienen pocas vasijas y las llevan todas consigo cuando mueven el campamento (tuaregs, teda y chambaa tienen una, dos o pocas vasijas). Otros seminómadas fabrican vasijas solo ocasionalmente. Una forma de restringir su número es usar cerámicas únicamente para cocinar, fabricando las destinadas al almacenamiento de agua o a otras necesidades con otros materiales (bosquimanos o apaches chiricahua). Determinados sistemas incluyen la protección de las vasijas al transportarlas, hacerlas más ligeras (paredes más finas o vasijas más pequeñas, así como otros recursos técnicos) o proveerlas de perforaciones o apéndices para ayu-

darse en el transporte (Beck, 2009: 331). Una alternativa es la ocultación de vasijas en lugares a los que se vuelve periódicamente. A veces se dejan en habitaciones, al igual que el mobiliario, para ser usadas en futuras reocupaciones. Algunos de estos grupos abandonan parte de su equipo material cuando mueven el campamento (por ejemplo, los mbuti, a excepción de los elementos de metal, o los beduinos del sur de Irak, que no llevan consigo sus vasijas sin cocer)⁹ (Beck, 2009: 331).

Pero también hay otros factores que tienen que ver con los aspectos sociales: el intercambio propiamente dicho. En todo el mundo, a menudo, los forrajeros han establecido relaciones de interdependencia o de cooperación con los agricultores y pastores vecinos en interacciones simbióticas. Pueden ser ocasionales entre amigos o entre compañeros de intercambio o pueden abarcar múltiples generaciones (Beck, 2009: 333). Un aspecto quizá poco conocido y que merece la pena ser destacado es que los forrajeros pueden incorporar individuos o familias que por ejemplo hayan perdido cosechas o tierra. El matrimonio entre miembros de unos y otros grupos facilita la ampliación del acceso a los recursos (Beck, 2009: 333). Individuos y familias pueden oscilar, por tanto, entre el sedentarismo y el nomadismo en o entre generaciones (Beck, 2009: 334). En esta situación, no cabría hablar solo de interacción entre sociedades asimétricas, sino del establecimiento de lazos mucho más estrechos, complicándose las relaciones sociales, que mostrarían nuevas facetas. Estas situaciones son evidentemente mucho más difíciles de constatar arqueológicamente.

9. Difícilmente podrían encontrarse tales vasijas en depósitos arqueológicos dejados por ellos. En todo caso, la posible existencia de esta clase de vasijas debería ser contemplada por el arqueólogo.

En otro orden de cosas, el trabajo plantea igualmente y de forma más concreta la interpretación de distintos tipos de yacimientos. Por lo que se refiere a pequeños yacimientos de superficie, la etnoarqueología permite afirmar que la presencia de múltiples cerámicas en un yacimiento puede no indicar que ha sido ocupado por distintos grupos, sino que podría reflejar el desecho de un solo grupo con un conjunto funcional de vasijas proveniente de múltiples fuentes. Un territorio estable utilizado por la misma población móvil durante cientos de años podría, si se atiende a los patrones cerámicos, parecer como un territorio móvil de diferentes grupos productores de cerámica (Beck, 2009: 338). Encontramos aquí una cierta similitud con las conclusiones de L. Binford (1988: 117-153) en cuanto a la movilidad de los grupos *nunamiut* y la ocupación del territorio por los mismos, con distintos yacimientos dedicados a actividades diferentes en diversas estaciones del año, pertenecientes a un único grupo y no a grupos culturales distintos. Obviamente, los conjuntos «mezclados» que menciona la autora son los más difíciles de interpretar, por lo que este tipo de sugerencias son bienvenidas, ya que muestran además la simplicidad de algunas de las explicaciones ofrecidas hasta el momento.

¿Cómo pueden distinguirse entonces yacimientos creados por gentes de poblados sedentarios en salidas logísticas, particularmente si estos últimos proporcionan al menos alguna cultura material característica de los grupos móviles? La propuesta de la autora es, una vez más, que la tecnofunción de las vasijas recuperadas es capaz de proporcionar claves sobre el yacimiento concreto, incluido en un sistema más amplio de asentamientos, ya que

sedentarios y móviles tendrían diferentes patrones de transporte de cerámica. Quizá podría tenerse en cuenta este hecho en campamentos peninsulares de época neolítica para su mejor identificación (¿mesolíticos o neolíticos?). Es posible, además, relacionar la función de las vasijas con la duración de los yacimientos, puesto que los patrones son diferentes según la movilidad logística y residencial (Beck, 2009: 339).

En todo caso, persiste un interrogante destacado: si un grupo móvil necesita cerámica que adquiere de un compañero de intercambio, ¿por qué desarrollaría su propia tradición? Los motivos para desarrollar o no desarrollar una tradición cerámica independiente indudablemente varían en cada caso, pero los factores sociales y el flujo de provisiones juegan a menudo un papel significativo.

Una cuestión más vinculada a lo dicho es la coexistencia de grupos en distinta situación, fruto, en mi opinión, de diferentes adaptaciones al medio, no solo geográfico, sino también social. Ello permite afirmar una vez más por lo que se refiere al pasado que los grupos mesolíticos no han sido poblaciones pasivas en absoluto y que, incluso adoptando nuevos elementos (especies, equipo material), han seleccionado aquello que encajaba en sus modos de vida y poseía una clara utilidad para ellos, en el intento de mejorar los primeros y no de cambiarlos. Según lo señalado a propósito del trabajo de Beck, este mismo hecho se constata en sociedades actuales. Como es sobradamente conocido, esta actitud de los cazadores-recolectores se ha defendido en numerosas ocasiones justamente por la observación de que, en sociedades vivas al menos, no cambian de forma de vida si no es por una razón poderosa. Es esta una cuestión

que se ha señalado en relación con la adopción de la agricultura, por ejemplo. En ese sentido, habría que plantearse, como señalé más arriba, hasta cuándo podemos constatar en la prehistoria la perduración de grupos de cazadores-recolectores junto a sociedades mayoritariamente productoras.¹⁰ Se ha sugerido en alguna ocasión para el continente europeo que podríamos hallarlas hasta en un Neolítico medio de las secuencias tradicionales (Mazurié, 2007: 115). Sin embargo, es esta una cuestión que ni se ha planteado habitualmente, ni su presencia se ha tratado de rastrear en la documentación arqueológica, máxime si se aceptan teorías relacionadas con la llegada del Neolítico mediante la colonización, que arroja la imagen de una oleada uniforme que va cubriendo el territorio europeo. Ello no excluiría, de todos modos, otra imagen subyacente: la de mosaico ya mencionada.

Veamos ahora algunos ejemplos en el contexto de la prehistoria europea (Península incluida). Es preciso recordar aquí en primer lugar alguno de los trabajos de M. Zvelebil (1986) sobre los bosques y las estepas del norte de Europa. El investigador mencionado abordaba la cuestión de las cerámicas halladas en el contexto de la cultura de Ertebölle, mesolítica (Zvelebil, 1986). Sugería M. Zvelebil, entre otras muchas cuestiones, que dicho grupo pudo intercambiar pieles por cerámica de los agricultores vecinos (cultura de la *Bandkeramik*), establecidos más al sur, que les serviría para almacenar grasa de foca, por ejemplo. De hecho, se trata del primer investigador que plantea dicha cuestión. Como es sabido, la cultura de

Ertebölle se distribuye por el sur de Escandinavia, algunas áreas de Suecia, Dinamarca, y el norte de Alemania, y se desarrolla entre el 5500 cal BC, aproximadamente, y el 4000 cal BC (Larsson et al., 2014: 11). Su economía es de caza, pesca y captura de mamíferos marinos. Los grupos de Ertebölle adoptan la cerámica en un momento dado (4700 y el 4600 cal BC): recipientes de fondo cónico, decorados con uñadas e incisiones. Lödösborg, en la costa, por ejemplo, proporcionó grandes cantidades de cerámica de Ertebölle y únicamente una pequeña cantidad de la del Neolítico inicial (vasijas en forma de embudo), constatándose la aparición de ambas, juntas, en varios niveles. Estos grupos eran contemporáneos de la mencionada cultura de la *Bandkeramik* de Europa continental, de la que provienen también las hachas de piedra y asta halladas en yacimientos mesolíticos. Según M. Larsson, como antes sugirió M. Zvelebil, la motivación para comenzar a fabricar cerámica provino de estos agricultores del continente y quizá de los del este del mismo (Larsson et al., 2014: 15). De cualquier manera, las cerámicas mencionadas no presentan ningún parecido con las de los agricultores, aspecto este en el que tampoco se ha profundizado excesivamente y sobre el que habría que reflexionar. En este caso, por tanto, parece que lo adquirido sería la técnica de fabricación, ante la constatación de las posibilidades que ofrecía este tipo de recipientes. Las características de estas vasijas indicarían más bien una tradición distinta de la de la *Bandkeramik* y también de la Neolítica inicial nórdica, y

10. Absolutamente hablando, actualmente podemos constatar su presencia en poblaciones vivas, es verdad que cada vez en menor número, lo cual no significa que sean continuadores de los prehistóricos, por lo que es preciso también conocer sus historias.

todo parece apuntar a que sería propia de los grupos mesolíticos de Ertebölle. Estudios de carácter tecnológico ayudarían a esclarecer esta cuestión.

Algo posterior al trabajo de M. Zvelebil, una comunicación presentada al Congreso de Bratislava por P. L. van Berg (1991: 413-415), que puede haber pasado un tanto desapercibida, abordaba el tema sobre el que venimos reflexionando: las cerámicas halladas en yacimientos de cazadores. En realidad, la comunicación se refería a las cerámicas «de cazadores» y «de agricultores» en Europa. Frente a la teoría clásica difusionista, que consideraba que la aparición de la cerámica fuera de las áreas de expansión del Neolítico (por las dos grandes ramas: centroeuropea y mediterránea), en medios mesolíticos o en vías de neolitización, se debería, bien a intrusiones, bien a contactos de los grupos «marginales» con sus vecinos neolíticos más próximos, P. L. van Berg en función de los datos más recientes existentes entonces proponía ya otras posibilidades.

La base de éstas era la evidencia de que cada vez venía incrementándose más la presencia de cerámica en medios depredadores del continente europeo. Del mismo modo, la asociación de cerámicas con industrias líticas mesolíticas se venía encontrando desde la gran llanura polaca hasta la fachada atlántica francesa, costa cantábrica y Portugal. En los yacimientos franceses y portugueses, descritos a menudo como neolíticos, las cerámicas se asociaban a industrias microlíticas y la agricultura estaba ausente. Estas situaciones no son extrañas tampoco en el Neolítico inicial de la península Ibérica en general. Las cerámicas de La Hoguette y

de Limbourg, no pertenecientes a la *Bandkeramik* pero halladas en medios que sí lo eran, podrían ponerse en relación con grupos neolíticos o, quizá, en vías de neolitización. Volveremos después sobre las mismas. Lo mismo sucedía con otras cerámicas de la península balcánica o la de los enclaves mesolíticos en el interior de zonas neolíticas (Alpes italianos). No obstante, en este momento y con los datos más recientes, cabría revisar algunos de estos hallazgos.

Pero también fuera de Europa era posible hallar cerámica en grupos de cazadores o cazadores-pastores de toda la mitad norte del Sahara, Marruecos atlántico o Sudán, así como al este del valle del Nilo, Siberia, China o Japón. Tanto es así que P. L. van Berg (1991: 414) señalaba que, cuando se contempla un mapa de conjunto, los cazadores con cerámica no parecen llevados a la periferia del continente y marginalizados, sino que es el Neolítico plenamente desarrollado el que se asemeja a una penetración extranjera en un universo más amplio en el que la cerámica está presente, sin ser particularmente abundante.

En Europa, las relaciones entre estos grupos de cazadores-recolectores y los propios del Neolítico cerealista se podían clasificar en dos categorías, en opinión de Berg. En una de ellas, estas relaciones serían inexistentes (culturas del Dniepr-Donets, Ertebölle,¹¹ Roucadour, ciertos yacimientos portugueses, entre otros), con cerámicas que difieren en tecnología, formas y decoración. En la otra categoría, se hallan los estilos influenciados por los del Neolítico cerealista, sin que se asimilen completamente, con dos formas de aculturación: adquisición de la cerámica

11. Frente a la hipótesis antes mencionada de M. Zvelebil (1986).

ligada a una transferencia de tecnología, aunque la realización incluya rasgos originales (Vlush, Obre I, Lepenski Vir y Gaban, que derivan de la de Starcevo)¹², o bien técnicas de fabricación, formas o decoraciones propias de una cerámica neolítica se añaden a lo que parece ser un sustrato local (cerámica de Bug-Dniestr y Starcevo o las de La Hoguette y Limbourg y el Cardial atlántico).

La banda cronológica en la que podrían situarse estas cerámicas se extendía desde 5800 hasta 4500 a. C., según las dataciones con que se contaba entonces. La conclusión sería que, hacia el final del VI milenio a. C., la presencia de cerámica en medios de cazadores o de cazadores-pastores, sin duda ya relativamente sedentarizados, en regiones ricas en productos marinos o en caza, parecía ser la generalidad más que la excepción. Convendría recordar que grupos como los concheros nórdicos desarrollan un grado de sedentarismo importante y una actitud un tanto refractaria hacia la agricultura. En opinión del autor, nada hacía pensar que fueran préstamos de los neolíticos más próximos, pero sí que hubiera vías de difusión de la cerámica, propias de estos medios periféricos.

Más recientemente, K. Mazourié (2007) valoraba de nuevo las cerámicas de La Hoguette o de Limbourg. Según la autora, estas constituyen la entrada de la cerámica en contextos mesolíticos sin estar acompañadas por prácticas ganaderas. Según K. Mazourié (2007: 189), entre 5500 y 5000 cal BC, una amplia zona de

adaptación, ocupada por grupos del Mesolítico final, se integra en un proceso de difusión que conlleva la producción de la cerámica. Para la primera (La Hoguette) defiende un origen en el Cardial y Epicardial del Languedoc y Cataluña (Mazourié, 2007: 192) (datos del nivel III de la Grotte Gazel). La segunda (Limbourg), en cambio, se ha relacionado con el Neolítico antiguo de Provenza y Liguria, especialmente con la cerámica epicardial, cuestión que también veremos después. En todo caso, sería preciso determinar los jalones intermedios de ambas difusiones. K. Mazourié (2007: 198-199) cree que la formación de los citados grupos del Mesolítico final fue paralela a la aparición del Neolítico en la costa meridional francesa a partir del 5800 cal BC. Constituirían un primer horizonte neolítico que el avance de la Bandkeramik centroeuropea haría desaparecer. Ello arrojaría de nuevo una imagen de mosaico para la Europa en transición a la agricultura que, en mi opinión, es la que corresponde a la realidad y que ya he mencionado.

Por lo que se refiere a ámbitos cercanos a la península Ibérica, ya se ha aludido al análisis petrológico llevado a cabo por W. K. Barnett (1990). En la misma península Ibérica, dejando a un lado la problemática de los grupos precardiales, que constituye un reciente e importante debate en el que por razones de espacio no podemos entrar,¹³ hace ya tiempo que diversos investigadores no han dejado de percibir la existencia de yacimientos de cazadores-recolectores con cerámica, se-

12. Estos ejemplos podrían justificar la explicación tradicional ya que se encuentran en las vías de penetración o son enclaves en territorio neolítico.

13. En esencia y por lo que se refiere al tema que tratamos, la cuestión sería la misma que para la cerámica impresa cardial: ¿han circulado igualmente las precardiales por las redes de cazadores-recolectores mesolíticos mediterráneos? ¿Se trata de cerámicas adquiridas y/o fabricadas localmente?

ñalándolo así en distintos modelos y secuencias. Del mismo modo que con la comunicación de Berg, se ha hecho poco caso de los que se citan y que llevan inexcusablemente a concluir panoramas diferentes a los habituales.

C. Olaria planteaba ya en 1994 la cuestión de la neolitización del País Valenciano. En su opinión, probablemente en la segunda de las etapas epipaleolíticas definidas (Mesolítico con industrias geométricas, datado entre 7000 y 6000 cal BC), se producirían los cambios sustanciales de la neolitización (Olaria, 1994: 23). Distinguía después un Neolítico antiguo de cazadores-recolectores/pastores (c. 6000-5000 cal BC) y un Neolítico antiguo de pastores-agricultores (c. 5000-4500/4000 cal BC). En un cierto momento ambos neolíticos serían contemporáneos. Pero seguramente lo más interesante para nosotros es la «convivencia de culturas» (en palabras de la autora) que se producía en un marco muy variado en el que C. Olaria (1994: 26) percibía hasta cuatro tipos de yacimientos, el primero de los cuales es el más interesante para nosotros: asentamientos con cerámica y sin economía de producción. Pero personalmente no lo expresaría como «convivencia de culturas», sino de grupos que desarrollan adaptaciones distintas dependiendo de múltiples factores.

Aproximadamente en las mismas fechas, T. Schuhmacher y G. C. Weniger (1995), por su parte, distinguían igualmente cinco tipos de yacimientos con distintas combinaciones de elementos del Epipaleolítico y el Neolítico que, por cierto, se superponen en el este de la Pe-

nínsula entre el 6500 y el 5500 cal BC. El segundo de ellos se identifica con lo que exponemos en estas páginas: yacimientos de cazadores con cerámica (se añade la cerámica a los rasgos anteriores). En otro orden de cosas, pero vinculado a la tipología anteriormente indicada, en una amplia zona que incluía el área mediterránea, valle del Ebro y zonas de montaña adyacentes, así como el resto de Cataluña y en el sur las áreas premontañas de la Meseta oriental y algunas de Murcia (Schuhmacher y Weniger, 1995: 84), era posible según los autores diferenciar tres grupos. El B correspondería a epipaleolíticos con cerámica y/o animales domésticos: son fundamentalmente cazadores-recolectores con cerámica o con cerámica y domesticación de ovicaprinos (6540-4719 cal BC). La cerámica es lisa, impresa no cardial, incisa y con decoración plástica, pero también impresa cardial.¹⁴

T. Schuhmacher y G. C. Weniger consideraban que a partir de los datos estudiados se podían elaborar tres modelos:

1. El «de los dos mundos» («modelo étnico»), que contempla la existencia de dos poblaciones diferentes: una en la costa (los neolíticos con cerámica, domesticación y cultivo de cereales) y otra en zonas montañosas del interior (epipaleolíticos con caza). Ambas poblaciones mantienen contactos e intercambio de productos (cerámica y animales domésticos). Respondería al modelo dual tradicional ofrecido inicialmente por los investigadores valencianos y después por otros.

2. El «del mundo único», con elementos del Neolítico, pero sin constituir una forma de vida asentada, sino con

14. Tanto en este caso como en el señalado por C. Olaria o más adelante por I. García-Martínez de Lagrán, remito a las citadas publicaciones a quien desee conocer las características de los otros grupos.

campamentos centrales desde donde en ciertas épocas todos o parte del grupo intentan aprovechar la caza, las materias primas y el pastoreo en campamentos estacionales.

3. El modelo «de mosaico», que ofrece un amplio espectro de diferentes formas de subsistencia que, según las zonas, pueden corresponder a neolíticos o cazadores. Ofrecen una imagen heterogénea con la utilización de campamentos temporales y el aprovechamiento de múltiples fuentes de subsistencia. Este último sería, a mi juicio, el que mejor se corresponde con la documentación arqueológica, aunque el denominado «mundo único» resultaría también verosímil. Pero por lo que se refiere al tema central del artículo, esta problemática podría plantearse en cualquiera de los tres modelos. En todo caso, ambos investigadores se decantarían por el modelo tres como el de máxima posibilidad a la vista de los datos etnohistóricos y de los argumentos anteriores.

Abundando aún más en el tema, otras vías de investigación quedan abiertas. Según las tesis de Willingen (1999) sobre el Epicardial francés, estaríamos tratando con dos grupos culturales distintos, este y el Cardial, contemporáneos en algún momento, pero se debería comprobar en todo caso si estas diferencias podrían hacerse extensivas a la industria lítica y a la economía, lo que a simple vista no parece ser así, al menos en la península Ibérica. Sería igualmente interesante contemplar las relaciones entre el Mesolítico y el Epicardial, y en particular, como sugiere Willingen (1999: 577), investigar si la ruptura de la industria lítica entre el Castelnoviense y el Cardial Clásico evidenciada en Provenza por D. Binder se produce igualmente entre el Mesolítico

Final languedociense y el Epicardial. En todo caso, los interrogantes serían idénticos a los planteados para el origen del Cardial.

Más recientemente, el yacimiento de Mendandia (Sáseta, Treviño), con cerámica no impresa, permitía abogar por la existencia de relaciones con otro ámbito distinto del mediterráneo y del de las cerámicas impresas, en un proceso más cercano a lo sucedido con los mesolíticos nórdicos y su adquisición de la cerámica (no de la economía productora), como parece haber sucedido aquí. La ausencia de economía de producción (Alday, 2005: 633) avalaría aún más este paralelismo, enmarcándose en los cada vez más frecuentes grupos de cazadores-recolectores con cerámica. Las dataciones del citado yacimiento, obtenidas sobre restos de fauna, proceden del nivel III superior (7210 \pm 80 BP: 6119-5967 cal BC y 7180 \pm 45 BP: 6040-5968 cal BC). La buena conservación de los restos faunísticos de donde se obtuvieron y los bajos valores de las desviaciones (entre \pm 40 y \pm 70), además de la coherencia interna de la serie, les confieren una clara fiabilidad en opinión de A. Alday (2005: 107).

Este mismo investigador proponía más tarde un modelo sobre la neolitización peninsular que denomina participativo (Alday, 2012: 87), en lugar de indigenista, defendiendo que la participación de los grupos peninsulares del Mesolítico final fue decisiva en la formación del Neolítico. En todo caso, señalaba igualmente la influencia oriental de donde llega «todo lo necesario para poner en marcha la economía de producción», incluyendo aportación de gentes. Las conclusiones para establecer dicho modelo son varias (Alday, 2012: 86). Para A. Alday (2012: 86), el C14 indica que esa

transición se produjo alrededor del 5700 cal BP¹⁵ (pocos yacimientos mesolíticos se encuentran más allá de ese límite cronológico¹⁶). A partir de esa fecha, surge una documentación arqueológica neolítica consolidada, al tiempo en la costa y en el interior. En su opinión, solo se puede entender el proceso de neolitización peninsular con la participación de los mesolíticos, que explicaría la coexistencia de los restos del Neolítico antiguo y del Mesolítico, así como la rapidez del fenómeno. Seguramente, las redes de explotación mesolíticas pueden estar detrás de este proceso, a juicio de A. Alday.¹⁷

En 2014, I. García-Martínez de Lagrán planteaba una nueva hipótesis sobre la neolitización de la alta y media cuenca del Ebro y de la submeseta norte, y también en su análisis se detectaban tres grupos de yacimientos, señalando en sus planteamientos teóricos las redes de intercambio mesolíticas por las que circularon elementos neolíticos (García-Martínez de Lagrán, 2014: 84). El primero de los grupos, campamentos especializados mesolíticos con elementos neolíticos, sería el que sobre todo ejemplificaría lo que venimos señalando (García-Martínez de Lagrán, 2014: 86). Su cronología se extendería desde las dataciones del nivel III superior de Mendandía, ya aludidas, hasta el nivel 6 de Botiquería (5060-4790 cal

BC). En estos yacimientos, cuevas y abrigos, el número de fragmentos cerámicos es escaso,¹⁸ y pueden distinguirse dos estilos: uno más antiguo (con composiciones sencillas bajo el borde, realizadas con una única técnica decorativa), y otro con mayor complejidad decorativa, con características comunes que irían desde el sur de Francia a Andalucía (García-Martínez de Lagrán, 2014: 89). Serían fruto de intercambios con los grupos neolíticos, en opinión del autor. Y al igual que en otros casos y por otros investigadores, el hecho de que en Mendandía estos supuestos intercambios se dieran antes del 5700-5600 cal BC es considerado como una «anomalía» por el autor. Obviamente, no puede ser de otro modo si se explica la neolitización por colonización, caracterizada por la dualidad en la documentación material y con relaciones «maestro-aprendiz», al menos por lo que respecta a la agricultura y a la ganadería (García-Martínez de Lagrán, 2014: 84). En el ámbito de otras explicaciones que no implican colonización y sí una variedad de grupos, los casos mencionados dejan de ser una anomalía.

Se han revisado en estas páginas únicamente algunos de los casos relacionados con la presencia de vasijas en contextos de cazadores-recolectores, en determinados escenarios que no han sido ni son los úni-

15. Fecha ciertamente baja, a pesar de que el autor haga la distinción entre la documentación arqueológica neolítica y el modo de vida neolítico. No resulta tan extraña si se refiere al límite inferior de aparición de grupos mesolíticos. Recordemos que ya hemos señalado la probable aparición de estos últimos hasta un Neolítico medio.

16. En este caso, al menos, se aborda la cuestión de su permanencia, ¿pero se ha tratado de identificar su presencia en el depósito arqueológico, generalmente hablando?

17. Cabe observar que los elementos que tradicionalmente han constituido el conjunto material neolítico, la cerámica en este caso, se vienen calificando como tales automáticamente. Sin embargo, a la vista de su utilización al menos (no se plantea aquí su invención) por cazadores-recolectores, ¿no sería mejor no adscribirlos sin más a un mundo neolítico?

18. De hecho, la escasez de los elementos neolíticos impidió que fueran considerados campamentos neolíticos de caza por parte de los investigadores.

cos. Creo de todos modos que los mencionados son suficientes para plantear determinadas posibilidades de trabajo. Dejando aparte nuevos hallazgos que puedan producirse, que una visión no evolucionista permite interpretar de distintas maneras y no de la única aplicada hasta ahora, otros antiguos y ya conocidos son susceptibles de ser revisados y explicados, una vez excluidos fallos o accidentes en la obtención de la documentación arqueológica, de modo más enriquecedor a mi juicio y más acorde con el panorama que sociedades vivas ofrecen. ¿Por qué pensar que las del pasado no eran igualmente diversas y que su equipo material no es reflejo de relaciones a menudo complejas?

En resumen y recapitulando las explicaciones que hemos venido exponiendo, parece evidenciarse ya la existencia de redes de intercambio y/o interacción entre los mismos cazadores-recolectores o entre ellos y los agricultores (también entre estos segundos, aunque no entro aquí en esa cuestión porque queda fuera del tema que nos ocupa) y la adquisición o la fabricación de la cerámica por algunos grupos de cazadores-recolectores. Las cerámicas halladas en contextos de cazadores-recolectores dentro o fuera de la península Ibérica apuntarían a motivaciones, que no tienen por qué ser las únicas y que ya han sido expuestas, tanto utilitarias como sociales. En cuanto a su origen, cabría plantear, bien la adquisición (de vasijas o de tecnología), bien la fabricación por propia iniciativa. Cabe suponer también que, sobre todo en este segundo caso, estas cerámicas llevarían la impronta del grupo: rasgos que permitirían identificar una tradición diferente con su posible carga simbólica correspondiente. Distintas, en definitiva, de las ad-

quiridas. Cerámicas neolíticas iniciales (o posteriores), bien identificadas culturalmente, como en el caso de la impresa cardial, han oscurecido la presencia de otras, más sencillas y toscas, que sin duda tienen también algo que decir al arqueólogo.

Merecería la pena revisar aquellos hallazgos no descartables por razones suficientemente comprobadas y obtener una visión, si no distinta como parece, sí más compleja, de los escenarios que se perfilan en determinados momentos de la prehistoria. Si se interpretan estos hallazgos según esa visión alternativa, se pone de manifiesto la vitalidad de los cazadores-recolectores. Se evidencia sobre todo la variabilidad de situaciones, que corresponde a la realidad de la documentación arqueológica. Aún podría resultar más complejo este panorama si rastreamos las relaciones y actividades de esos cazadores-recolectores que seguramente perduran en el tiempo, perpetuando sus modos de vida en nichos ecológicos adecuados.

En definitiva, parece clara la necesidad de no encorsetar hallazgos *a priori* en secuencias que, a nivel global, pueden ser válidas pero que no tienen en cuenta las circunstancias y las necesidades de los diversos grupos involucrados. Nadie afirma, por otra parte, que el hallazgo de cerámicas fuera de los que se consideraban sus contextos habituales implique neolitizaciones autóctonas, por ejemplo, ni mucho menos, por lo que en todo caso deberían ser analizados y revisados, si procede. Las sociedades vivas parecen mostrarnos además vías en la investigación que permiten abordar infinitos matices en el equipo material. En ese sentido, el punto de vista que venimos defendiendo permitiría explicaciones más flexibles de la documentación arqueológica, reflejo de la complejidad que ponen de mani-

fiesto esas mismas sociedades y que no ha debido ser muy distinta entre los grupos prehistóricos. De cualquier manera, es preciso recordar una vez más que ciertos escenarios se sitúan en el terreno de la hipótesis y que las implicaciones arqueológicas sugeridas por la etnoarqueología

constituyen exclusivamente posibilidades de interpretación, que contribuyen a enriquecer las conclusiones de las investigaciones, pero que igualmente conducen a nuevos interrogantes, generando otra materia para debate que no es posible tratar aquí por razones de espacio.

Referencias bibliográficas

- ALDAY, A. (2005). *El campamento prehistórico de Mendandia: ocupaciones mesolíticas y neolíticas entre el 8500 y el 6400 BP*. Diputación Foral de Álava.
- (2012). «The Neolithic in the Iberian Peninsula: An Explanation from the perspective of the participation of Mesolithic Communities». *Zephyrus*, 69, 75-94.
- AURENCHÉ, O.; KOZŁOWSKI, S. K. (1999). *La naissance du Néolithique au Proche Orient ou le paradis perdu*. París: Errance.
- BARNETT, W. K. (1990). «Small-scale transport of early Neolithic pottery in the West Mediterranean». *Antiquity* 64, 859-865. <<https://doi.org/10.1017/S0003598X00078984>>.
- BECK, M. E. (2009). «Residential Mobility and Ceramic Exchange: Ethnography and Archaeological Implications». *Journal of Archaeological Method and Theory*, 16, 320-356. <<https://doi.org/10.1007/s10816-009-9073-0>>.
- BERG, P. L. van (1991). «Céramiques de chasseurs et céramiques d'agriculteurs en Europe». *Actes du XIIIe Congrès International UISPP*. Bratislava, 1-7 de septiembre, 2, 413-415.
- BINDER, D. (1988). *Le Néolithique ancien provençal: typologie et technologiew des outillages lithiques*. París: Éditions du centre national de la recherche scientifique.
- BINFORD, L. (1988). *En busca del pasado*. Barcelona: Ed. Crítica.
- BLASCO, A.; EDO, M.; VILLALBA, M.^a J. (2008). «Evidencias de procesado y consumo de cerveza en la Cueva de Can Sadurní (Begues, Barcelona) durante la Prehistoria». *Actas del IV Congreso del Neolítico peninsular*. Alicante, 27-30 de noviembre de 2006, 1, 428-431.
- CLOP, X. (2005). «Las primeras producciones cerámicas del nordeste de la Península Ibérica: estudios de caracterización». *Actas del III Congreso del Neolítico peninsular*. Santander, 5-8 de octubre de 2003, 297-303.
- CRIBB, R. (1991). *Nomads in archaeology*. Cambridge.
- GALLART, M.^a D. (1980). «La tecnología de la cerámica neolítica valenciana». *Saguntum*, 15, 58-90.
- GARCÍA-MARTÍNEZ DE LAGRÁN, I. (2014). «La neolitización de la Meseta norte y de la alta y media cuenca del Ebro (España): primeras teorías, análisis del registro y planteamientos de hipótesis». *Zephyrus*, 72, 83-107. <<https://doi.org/10.14201/zephyrus20147383107>>.
- KOZŁOWSKI, S. K.; AURENCHÉ, O. (2005). *Territories, Boundaries and Cultures in the Neolithic Near East*. BAR International Series 1362.
- LARSSON, M.; LEMDAHL, G.; LIDÉN, K. (2014). *Paths towards a new world. Neolithic Sweden*. Oxford. <<https://doi.org/10.2307/j.ctvh1djc7>>.

- LUCAS, M.^a R. (1976). «Consideraciones sobre el origen de la cerámica». *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*, 6, 4-9.
- MAZURIÉ, K. (2007). *El origen del neolítico en Europa. Agricultores, cazadores y pastores*. Barcelona.
- OLARIA, C. (1994). «La problemática cronológica del proceso de neolitización en el País Valenciano: Una hipótesis de periodización». *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló*, 16, 19-137.
- OLARIA, C.; GUSI, F.; ESTÉVEZ, J. (1988). «El consumo alimentario de los grupos humanos meso-neolíticos en Cova Fosca (Ares del Maestrat, Castelló)». *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses*, 7, 89-98.
- PAPATHANASSOPOULOS, G. (ed.) (1996). *Neolithic culture in Greece*. Atenas.
- RUBIO, I. (2010-2011). «Cerámica y simbolismo. Posibles interpretaciones de algunas cerámicas peninsulares del Neolítico antiguo». *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*, 46, *Homenaje a D. Manuel Santonja Alonso*, 31-52.
- (2016). «Cerámica en contextos de cazadores-recolectores. Algunas aportaciones de la Etnoarqueología». *Anejos a CuPAUAM*, 2, *Homenaje a la profesora Concepción Blasco Bosqued*, 21-38
- (en preparación). *Sociedades del pasado y del presente. Una introducción a la Etnoarqueología*.
- SANZ, S. (2012). *Dataciones para un proceso histórico. La cronología absoluta del Neolítico peninsular: análisis y valoración cultural*. Tesis doctoral inédita, leída en el Departamento de Prehistoria y Arqueología de la UAM.
- SCHUHMACHER, T.; WENIGER, G. C. (1995). «Continuidad y cambio. Problemas de la neolitización en el este de la Península Ibérica». *Trabajos de Prehistoria*, 52.2, 83-97.
<<https://doi.org/10.3989/tp.1995.v52.i2.419>>.
- VICENT, J. M. (1990). «El neolítico: transformacions socials i econòmiques». En: ANFRUNS, J.; LLOBET, E. (eds.). *El canvi cultural a la Prehistòria*, 241-293.
- WILLINGEN, S. van (1999). «L'Epicardial et la Neolithisation de la France méditerranéenne». II Congrès del Neolític a la Península Ibérica. Valencia, 7-9 de abril, Saguntum-PLAV, Extra-2, 571-581.
- ZVELEBIL, M. (1986). «Busca de alimento en los bosques de la Europa posglacial». *Investigación y Ciencia*, 118.

